

LAS OTRAS GUERRAS

por EDUARDO HARO TEGGLEN

¿Y las otras guerras? La fascinación del Vietnam, donde están en evidencia y en disputa algunos conceptos esenciales para la clarificación de nuestro tiempo, deja a veces en silencio, en la sombra, las noticias de otras guerras, otras luchas, otras matanzas, que sin duda forman parte de un mismo esquema; en sus muertos se puede ver la huella de las mismas garras. El Yemen, Sudán, Nigeria, los países fronterizos de Vietnam, las orillas devoradoras del río Jordán, Indonesia, China, las tribus kurdas del Irak, ofrecen cada día su tributo de muertos. Papandreu (hijo) anuncia que las guerrillas van a empezar en Grecia. En Indonesia hay movimientos insurreccionales; hay grupos de la policía, del ejército y de la marina que han desertado, que tratan de nuevo de levantar la bandera de Sukarno y tratan de unirse a los guerrilleros de la jungla, a los supervivientes de la gran matanza —quinientos mil víctimas, se dice— que produjo el cambio de régimen. Son las convulsiones que marcan el final de una gran ilusión. La ilusión con que comenzó esta década: la de que los países pobres iban a tener acceso a los beneficios de la civilización industrial y técnica. Se les prometió todo y se encuentran con nada. Peor que con nada: sus posibilidades de vida descienden, en lugar de

aumentar. Leopoldo Sedah Senghor, presidente de un país —el Senegal— donde la mitad de los niños que nacen mueren antes de cumplir los cinco años —tasa de mortalidad infantil, 50 por ciento; en España debe situarse en torno a un 2 o un 3 por ciento— denuncia que el esfuerzo de ayuda disminuye cada año en lugar de aumentar. La ONU había pedido a los países desarrollados que contribuyesen cada año con el 1 por ciento de sus rentas nacionales: «con ello, la liquidación del subdesarrollo sería, según los países, cuestión de una o dos generaciones». Sin embargo, en el mejor momento esa transferencia de ayuda sólo llegó al 0,83 por ciento, en 1961; poco a poco ha ido bajando, y en 1965 era ya del 0,69 por ciento. «Las naciones ricas se han lanzado a una concurrencia entre ellas para elevar a toda costa el nivel de vida de sus habitantes, y lo hacen en detrimento de los países pobres». Para Sedah Senghor el problema es que en nuestro tiempo la lucha de clases se ha cambiado por una lucha entre naciones pobres y naciones ricas. Pero dentro de estas naciones, la lucha de clases subsiste. Son naciones que se mantienen al nivel medieval, al nivel feudal.

Suele decirse que es la guerra del Vietnam la que ha paralizado en gran parte esta ayuda al mundo del subdesarrollo, puesto que el país que debía ser el mayor contribuyente por su riqueza y por su capacidad técnica, Estados Unidos, está comprometido en un esfuerzo máximo. Es, a mi juicio, un punto de vista erróneo. El mismo hecho del esfuerzo frente al Vietnam significa que a partir de un momento dado se ha sustituido la política de reconversión del mundo pobre por una política de contención de sus aspiraciones y de sus exigencias. Por una serie de circunstancias de varias índoles el Vietnam se



La guerra de Vietnam está haciendo olvidar «las otras». El Yemen, Sudán, Nigeria, los países fronterizos de Vietnam, los de las orillas del Jordán, Indonesia, China, las tribus kurdas del Irak... ofrecen cada día su cotidiano tributo de muertos. En la foto, un Ibo —rebelde nigeriano— prisionero de las tropas gubernamentales.

ha convertido en la brecha principal, en el primer frente de ese combate entre naciones proletarias y naciones capitalistas —utilizando los términos clásicos convencionales de una transposición de la lucha de clases—; es decir, el Vietnam, la guerra del Vietnam, es una consecuencia de esta situación de abandono y de rebelión del mundo del subdesarrollo, y no al revés como se pretende decir.

La guerra del Yemen dura ya ocho años. En 1962, el Yemen del Iman el Din, cerrado y aislado, cultivando un misterio exterior que ocultaba dentro la miseria, el despotismo y la tragedia del pueblo, se convirtió en república cuando a la muerte de El Din le sucedió su hijo El Badr y fue destronado por Sallal. En un principio, los Estados Unidos —Kennedy— reconocieron y ayudaron a la joven república, a la que combatía el Iman el Badr desde las montañas, con dinero y armas de Arabia Saudita; Arabia Saudita mantiene un régimen autoritario, vende caro y su petróleo y los beneficios van a una clase privilegiada y teme, por consiguiente, que toda extensión de los movimientos populares acabe con los privilegios de las clases dominantes. En la gran reconversión política de los Estados Unidos, el Yemen se convirtió en una pieza importante y esta vez la ayuda fue a parar a los monárquicos de las montañas y a Arabia Saudita. No era sólo una cuestión de petróleo, aun siendo ésta decisiva; era una cuestión de mantener una brecha abierta en el mundo árabe, una guerra de desgaste entre Egipto con Siria —pro republicanos— y las monarquías feudales, duplicando así el papel de Israel como potencia inquietante. Es indudable que otra política, una política de buena fe, habría podido resolver fácilmente el problema yemení, el árabe saudita y aun el de Israel, sin llegar al uso de las armas; de las mismas armas que les venden las grandes potencias. La guerra contra Israel precipitó un acuerdo —en Jartum, el año pasado, entre Egipto y Arabia Saudita— para la busca de un fin a la guerra del Yemen; en la práctica no se ha conseguido, los monárquicos han continuado sus ataques, el ejército republicano se ha reorganizado y las batallas prosiguen. De esta forma, la conferencia árabe anunciada en Rabat para el 17 de enero pasado se tuvo que suspender: Arabia Saudita y Siria, enfrentadas por el conflicto yemení, no querían sentarse en la misma mesa de conferencias. Una vez más, la agitación del mundo árabe dio el resultado de una desunión. Y la guerra continúa.

Como continúa, bajo otras formas, la guerra en las orillas del Jordán, la guerra entre Israel y los países árabes. La victoria del 5 de junio fue una batalla ganada, no una guerra ganada. Israel hubiese ganado efectivamente la guerra si sus propios aliados e impulsores la hubiesen dejado que la ganase; si la hubieran ayudado a consolidar la paz, a garantizar su supervivencia por medio de acuerdos y de tratados, a despejar para siempre la amenaza pendiente sobre su territorio. Es decir, si rápidamente se hubiese convocado una conferencia de paz y se hubiesen utilizado todas las presiones posibles —que son muchas— en un momento psicológico para que Israel limitase su éxito a una garantía histórica de existencia, e incluso a unos acuerdos de cooperación con sus vecinos. Con los ojos limpios se puede ver un Oriente Medio productivo, utilizando sus riquezas para su nivel de vida y para la cooperación con el mundo, estructurado entre sus distintos países, sin distinción de razas ni de orígenes. Pero los ojos limpios no dan, hoy, más que visiones de utopía. En cambio, estamos ahora en presencia del nuevo círculo vicioso que, un año antes, condujo a la guerra, pero agravado por las circunstancias de la ocupación: guerrillas árabes, sabotajes, terrorismo contra el ocupante y dentro del territorio de Israel; terror en las fronteras, en los «kibutz»; y represalias masivas, «lecciones» del vencedor, muertos entre las poblaciones civiles de Jordania. Se dice que cerca de dos mil guerrilleros han muerto ya, por armas israelíes, desde que cesaron las hostilidades, oficialmente, el verano pasado. El odio se acrecienta, y los barcos y los aviones cargados de armas llegan a todos los puertos. Mientras tanto, el Sultán Saïd ibn Taimur, de Omán, puede lanzar una plegaria que han reproducido algunos periódicos: «Seis meses después de la exportación de petróleo desde Omán, gracias a Dios y a la "Oman Oil Company Limited", creo que es mi deber dar las gracias a Dios por lo que nos ha dado».

Un cierto olor a petróleo se desprende también de una de las guerras más mortíferas de nuestros días: la de Nigeria. Dura desde hace ocho meses: en lugar de apaciguarse, va en ritmo creciente. Culpar del origen del drama a los ingleses va siendo ya un lugar común en todos los conflictos coloniales; si se tiene en cuenta que el Imperio inglés fue el inmediatamente anterior al Imperio americano que ahora está en disputa, y que se saldó con el apresuramiento y la mediocre política que suelen presidir siempre estos períodos de crisis profunda, se comprenderá que hay una cierta razón en achacar a Gran Bretaña el origen de los males. Luego, estos males han vivido ya por su cuenta y se han encontrado envueltos en otros males. La Federación de Nigeria fue una parte de la idea política de crear federaciones de las antiguas colonias; todas, o casi todas, se han disuelto ya, con más o menos sangre. La Federación de Nigeria era un artificio. Ha causado ya, se dice, unos cien mil muertos. Si se compara esta cifra con la de tantos años de guerra en el Vietnam, se verá que el conflicto nigeriano

no merece la pena de que se le olvide o se le relegue. Sobre un fondo tribal, lingüístico, religioso y racial, se destaca el hecho de que Biafra, provincia que quiere separarse de la Federación, y que cuenta con más de diez millones de habitantes, es una zona petrolera y minera, con metales estratégicos; que sus pozos de petróleo producirán en 1970 unos setenta millones de toneladas anuales y que los grandes trusts tienen un enorme deseo de controlar y dominar esa producción.

En un principio, los Ibo —habitantes de Biafra—, principalmente cristianos, a los que se considera como los «intelectuales» del país, fueron poco a poco siendo sumergidos por las otras provincias, con arreglo a la Constitución federal dejada por los británicos al retirarse. La representación de las provincias en el parlamento federal se hizo en proporciones numéricas; los Ibo perdieron su influencia en los destinos del país y se convirtieron en víctimas de un régimen que había sido ideado para la democracia y, poco a poco, se había ido convirtiendo en un escándalo de corrupción. En enero de 1966 hubo un golpe de Estado del Ejército frente a la incapacidad de los poderes tribales para conglomerarse; frente al golpe de Estado, una fracción del Ejército defendió la Constitución y detuvo a los sublevados: era el general Ironsi, un Ibo. Tomó el poder. Para los nigerianos del Norte, el ejercicio del poder por parte de un Ibo parecía algo insoportable. Ironsi fue asesinado, y Gowon, un coronel del Norte, le sucedió en el ejercicio del poder. No se detuvo con la muerte de Ironsi; inmediatamente lanzó —o dejó lanzar— una serie de raids contra los Ibo: fueron asesinados —son cifras aproximadas— unos treinta mil, en los primeros meses de 1967, allá donde se encontraban, en cualquiera de las provincias federadas de Nigeria. «En unos días —relata uno de ellos— 30.000 de los nuestros fueron asesinados. Los Fulanis y los Haussas —tribus del Norte— les arrancaron los ojos y les obligaron a comérselos, les cortaron el sexo y se lo metieron en la boca; después, los mataron». De todas partes del país, los Ibo corrieron hacia su región natal y se concentraron en ella. Llegaron a la actual Biafra en aquellos días unos dos millones de refugiados. En mayo de 1967, la zona de los Ibo, la provincia de Biafra, se proclamó independiente y dio el mando al coronel Oyukwu (los ingleses lo escriben Ojukwu); el coronel Gowon marchó contra ellos en nombre de la Federación. En Biafra no se hacen ilusiones acerca de cómo sería su final si fuesen vencidos: les exterminarían, como fueron exterminados los 30.000 Ibo en el principio de 1967. Biafra ha pasado de ser un estado intelectual a ser un estado guerrero. Algunos observadores comparan su situación a la de Israel, aunque las circunstancias de su nacimiento histórico sean distintas: una etnia que se siente amenazada, que cree que va ser exterminada de una manera atroz y que se ha reconvertido en un estado militar. Evidentemente, en la otra parte de Nigeria se siente de una manera parecida: se teme el exterminio. El odio es libre. La guerra se desarrolla en batallas breves, limitadas y terriblemente mortíferas. No hay un frente continuo.

Tras estos dos combatientes, se agrupan unos aliados que no se suele ver reunidos. La Federación, el Ejército del general Gowon, cuenta con la Gran Bretaña, creadora de la Federación, con la mayor parte de los países que fueron colonizados por los ingleses y con la Unión Soviética, que manda sus «Migs». ¿Por qué la Unión Soviética? Porque teme la «balcanización» del Estado africano, porque teme que Biafra se convierta en una nueva Katanga, Oyukwu en un nuevo Chombé, y que el petróleo de Biafra, en lugar de servir para la construcción de un estado realmente independiente sirva los intereses de los grupos capitalistas americanos. La ayuda para Biafra procede de Francia —por su desafío contra Inglaterra y por sus intereses africanos—, de los países francófonos negros, de Portugal —por sus intereses africanos propios— y, dicen, aunque en Biafra se niega, que hay un grupo importante de mercenarios blancos, tras los cuales se quiere ver la mano de la CIA.

La idea actual para hacer volver la paz a Nigeria procede del general Gowon: reconstruir la Federación, no sobre la base de cuatro regiones o Estados, sino sobre la estructura de doce provincias, en las que estarían representadas las pequeñas tribus, que hasta ahora se debatían entre la opresión de los Ibo, los Haussas y los Kanuris, grupos étnicos dominantes, y sufren una guerra que no es la suya. Probablemente los Ibo, para quienes la actual situación militar es desfavorable, aceptarían esa solución si estuviese garantizada por las grandes potencias, y si pudieran tener la garantía de que iba a ser respetada y no iban a volver a comenzar las matanzas, desfavorables para ellos porque les encontrarían en la situación de vencidos. Pero los aliados ocultos de Biafra, los americanos, no ejercen, por ahora, su presión en ese sentido: por el contrario, ayudan a la llegada de armas y probablemente a la de mercenarios. Esta singular guerra en la que se ve a americanos y franceses de un lado, a británicos y soviéticos del otro, utilizando viejos odios tribales, ilustra bien el final de la gran ilusión para el tercer mundo, la de su construcción propia e independiente.